

CASTILLOS DE POLVO ROJO I de DraKay

Las dos pequeñas lunas brillaban en el cielo. En mitad de la noche transmitían la serenidad que vendían todos los carteles del asentamiento. Una serenidad falsa y aterradora. Enío las observaba en silencio, mientras retorció entre sus dedos una brizna de hierba seca, enrojecida por el polvo, preguntándose cómo habían llegado a semejante situación.

A la generación de sus padres le habían vendido la colonia como el paraíso, un lugar lleno de paz y aire limpio. Y por un tiempo lo fue, incluso cuando ella era una niña. Recordaba jugar entre el polvo que cubría el suelo, bajo el cielo naranja hasta que se volvía azul al atardecer y sus padres le llamaban para cenar. Recordaba coger las margaritas gigantes y arrancarles los pétalos para ver hasta donde volaban. Recordaba jugar a hacer construcciones con el polvo que se deshacían solo con mirarlas. Recordaba muchas cosas, pero ninguna volvería a suceder. Esas memorias le hacían sentir engañada, había crecido con la esperanza y la promesa de una buena vida, de una vida feliz, pero cuando había llegado el momento de vivir su propia vida todo se había desmoronado a su alrededor, como si fuese un castillo de polvo rojo. ¿Cómo habían sido todos tan ingenuos como para creer que todo eso iba a durar?

La alarma de su reloj empezó a sonar, a lo lejos se escucharon docenas de alarmas más, las alarmas de todo el pueblo. Un único aviso para todos, amanecía. Pronto no podría seguir en el exterior. Miró a las lunas una última vez, empezaban a ponerse, la pequeña por el oeste y la grande por el este, siempre estaban ahí arriba, como dos hermanos que velaban por ella. Corrió hacia los iglús, los copos de nieve carbónica empezaban a acumularse sobre las semiesferas, arrastrados desde el sur por el fuerte viento. Empezaba a verse el aterrador puntito blanco del sol cuando cerró la puerta hermética a su espalda. Dentro se podía oír el tranquilizador sonido de las generadoras de aire zumbando y chirriando, produciendo por encima de su capacidad. Se dejó caer en el viejo sofá rojo. Cuando crearon aquel lugar alguien había pensado que resultaría acogedor que todo el mobiliario se mimetizara con los tonos rojizos del ambiente, ahora solo era agobiante. Todo tenía ese color, hasta la nieve, hasta el vapor en el que se sublimaba la nieve.

La puerta se abrió con el típico silbido de aire a presión, ni siquiera miró, sabía que era Pefredo, siempre apuraba demasiado. Su amiga entró quitándose el respirador de emergencia y soltándose el pelo plateado.

—Las plantas que no están quemadas están congeladas, creo que alguna estaba quemada y congelada. Pronto nos quedaremos sin nada... —Su voz parecía llena de ira, pero mirarle a los ojos le bastó a Enío para saber que estaba aterrada. En el fondo todos estaban aterrados pero no se atrevían a reconocerlo, sería reconocer que todo se estaba acabando.

—Nos contestarán. Mandarán naves a recogerlos. —Sabía que no era verdad, que los habían abandonado años atrás, cuando ocurrió el primer fallo. Pero era una mentira que necesitaban creer.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si no mandan suficientes naves? Somos uno de los asentamientos más pequeños —No podía recordar cuántas veces se había hecho esa misma pregunta. Cuántas veces había sentido que eran un punto insignificante que no le importaba a nadie.

—Bueno... Las máquinas aún funcionan y nos quedan los hidropónicos, podemos esperar hasta que lleguen aquí. —No sabía cómo pretendía tranquilizar a su amiga si no era capaz siquiera de tranquilizarse a sí misma.

—No funciona, pero gracias. —Le sonrió con pena mientras se recolocaba los pelos plateados.

—¿Qué quieres que te diga entonces? Que acabaremos siendo polos humanos, unas preciosas estatuas de hielo eternas. ¿Quieres eso? —Explotó y dejó escapar las imágenes que llenaban su mente de la forma menos gore que pudo.

—Me pido el pensador de Roden, Rodin o como se llame, así estaré sentada para siempre.

Ambas empezaron a reírse a carcajadas. A su alrededor todo se deshacía, pero en ese instante no importaba. Solo existía esa imagen de una estatua de hielo rosa para siempre en mitad de la superficie. En otra circunstancia solo habría sido una imagen absurda, pero en ese momento era lo único que tenían.

Ambas se quedaron en silencio. La noche había sido larga y solo querían descansar. Los sonidos de los sistemas que aseguraban su existencia susurraban sonoramente, serenándolas. Estaban empezando a cerrar los ojos cuando el ruido paró. No hubo ninguna explosión ni ningún estruendo, solo silencio. Se miraron rápidamente. Ya no era momento para el cansancio, solo para el terror. Siempre hubo una cosa segura en su pequeño mundo, aquellas máquinas. las máquinas que reducían el omnipresente polvo rojo en grandes cantidades de aire para sustituir al que los vientos solares arrancaban del planeta. Las máquinas que se habían callado por primera vez desde que eran niñas. Enío siempre había sabido que le tocaría ver el final de su mundo, había visto cómo se desmoronaba poco a poco, había vivido

cada suceso que había llevado a ese momento sabiendo cual era el final, su final. Pero ahora comprendía que en el fondo nunca se lo había creído. Siempre había esperado alguna clase de milagro, una solución caída del cielo que salvase a todos los que le importaban en el último segundo. Pero ese silencio significaba todo lo contrario, significaba que el fin ya estaba ahí, que solo les quedaba correr a ninguna parte. Por primera vez sintió verdadero miedo, porque por primera vez supo que no habría un mañana.

Pefredo estaba de puntillas subida a una mesa con las manos en la salida de aire. Negaba alarmada. El suministro de aire estaba totalmente interrumpido. Era de esperar, pero eso no lo hacía menos preocupante. Al verla Enío empezó a abrir cajones, buscaba su propio respirador de emergencia. Le daría unas horas más de aire, pero... ¿Valía la pena? Era prolongar lo inevitable. Llevaban años prolongando lo inevitable. ¿Tanto valían diez horas más de vida? ¿Iban a merecer la pena o iban a ser solo minutos tirados viendo pasar su final? Sentía que se estaban aferrando a algo que ya no estaba. Sentía que se aferraban al recuerdo de un mundo con vegetación y aire, con calor. A una vida que había visto en otros siendo niños. Pero ese mundo ya no estaba y ya no quedaba ninguna vida en su superficie. Ya solo quedaban esperanzas vanas y sueños vacíos.

—¡Enío! —Se había quedado parada, atrapada en sus pensamientos y ahora su amiga trataba de llamar su atención mientras le colocaba el respirador casi a la fuerza—. Tenemos que irnos, están organizando una caravana hacia Hellas, dicen que ahí aún queda atmósfera.

—Hellas está en el hemisferio sur, tardaríamos días en llegar. Demasiados días, incluso si los vehículos aguantan. —Su voz sonaba extraña, metálica, a través del respirador, con un chirrido desagradable cada vez que exhalaba.

—Tenemos que intentarlo.

Enío se vio empujada por su amiga mientras se preguntaba si realmente tenían que intentarlo. Se dejó llevar mientras le ayudaba a ponerse el traje antirradiación, preguntándose qué estaban haciendo. Caminó tras ella sin pensar, siguiendo por pura inercia. La misma inercia que parecía mover a todos los que le rodeaban. Avanzaban en silencio entre los iglús comunitarios, uniéndose a otras personas que avanzaban en silencio con la cabeza gacha hacia un destino común.

Llegaron a las dársenas sin que nadie pronunciase una sola palabra. El silencio era en realidad un concierto de chirridos provenientes de todos los respiradores que se encontraban en la gran nave. Si cerraba los ojos podía imaginar que era el sonido de las máquinas todavía produciendo aire, imaginar que seguía teniendo alguna oportunidad de sobrevivir. Pero eso solo era una ensoñación. Una ensoñación de la que la megafonía le obligó a salir.

«Mantengan la calma. Hay sitio suficiente en los vehículos para todo el mundo. Los pilotos ya han sido asignados, acudan a sus puestos. El resto de ciudadanos coloquense en fila delante de algún rover. Diez pasajeros por vehículo»

La gente empezó a moverse de golpe. Era una marea, todos cobraron vida de pronto, lanzándose en busca de su transporte. Pefredo tiraba de su mano, arrastrándola hacia el rover más cercano. A su alrededor todo era un caos, la gente corría, gritaba, buscando a sus conocidos. No había orden ni calma. Eníó se sentía perdida, dejándose llevar una vez más. Un hombre chocó contra ellas mientras buscaba a su familia. Cayeron al suelo, separándose por el golpe. De repente estaba sola en mitad del suelo mientras toda la colonia corría a su alrededor. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaban haciendo todos? No llegarían a Hellas, solo corrían, alejándose de una muerte que les iba a alcanzar igualmente. Se habían lanzado como locos por el espejismo de una ilusión sin pararse a pensar. Y ahora ella se había parado a pensar, llevaba parándose a pensar desde que había oído el verdadero silencio, y solo veía oscuridad sin salida.

La gente todavía se apresuraba a su alrededor aunque empezaba a verse un orden en el caos, filas de personas delante de los vehículos, flujos entre unas y otras. Ella seguía en el suelo, quieta, una figura estática en mitad de la actividad. Pefredo se encontraba a unos metros, en mitad de una de las filas, gritando su nombre. Debería haber ido a su encuentro, correr hasta su puesto en la fila, pero no podía. Se levantó y caminó de espaldas despacio hasta la salida del hangar, negando suavemente con la cabeza. Se quedó en la puerta, inmóvil, viendo a sus conciudadanos desesperados.

Todos empezaron a subir a los rovers empujándose aunque tuvieran un sitio garantizado. Pefredo fue de las últimas. Pudo ver como se giraba muchas veces buscándola sin éxito. Podía haber corrido hacia ella, haber pasado sus últimas horas desesperadas juntas en un vehículo abarrotado. Pero prefería estar sola, no quería ver cómo todos los que conocía morían asfixiados o quemados por la radiación del mediodía. Quería al menos recordarlo todo como fue, o como se imaginaron que era. La ilusión en la que habían vivido esos años.

Los rovers empezaron a marcharse con el petardeo de sus motores. Estaba sola. Estaba sola y en silencio. Ese silencio, tan poco común en aquel lugar, la rodeaba. Solo quedaban los chirridos de su respiración. Caminó despacio entre los edificios que alguna vez fueron su hogar. De repente las estancias parecían sobredimensionadas, sus pasos retumbaban en las paredes de plástico grueso y los muebles parecían incoherentes con el vacío. Dentro no se movía nada, fuera el viento azotaba arrastrando el polvo rojo sobre las cúpulas transparentes. Se sentía diminuta. No era nada comparada con ese mundo oxidado lleno de montañas y desfiladeros. Ese mundo al que nunca habían pertenecido. En esa soledad parecía que su vida no había tenido ningún sentido, todo el tiempo trabajando para tener un

futuro, para seguir viviendo, todo por ese mañana, pero en el camino, se había olvidado de vivir ese tiempo.

Sin darse cuenta sus pasos le habían conducido ante una puerta hermética. Sabía dónde estaba pero no creía haber pasado por ahí en años. Abrió la puerta interior. Estaba vieja, como todo el lugar, y chirrió quejumbrosamente. No se cerró sola a su espalda como indicaba su diseño, era un fallo común, simplemente debías cerrarla manualmente, cosa que ella no quiso hacer. Abrió la puerta exterior. Una alarma empezó a sonar. La ignoró. Sintió el viento chocando contra su traje. Escuchó cómo golpeaba la tela sonoramente, incluso ensordeciendo la alarma. Avanzó entre el polvo arremolinado, alejándose de su hogar. Caminó varios minutos hasta llegar a "las ruinas". Las llamaron así para no asustar a los niños, porque al parecer un lugar misterioso y sin ningún sentido era más agradable que recordarles que eran los restos quemados y retorcidos de lo que debería haber sido su vida. Porque eso eran "las ruinas" los restos de un satélite magnético caído, los restos de la primera piedra de su apocalipsis. Las ruinas, su ruina.

Trepó la carcasa de hierro calcinado que ya había empezado a teñirse del maldito rojo del planeta por su propia oxidación. Desde la cima podía ver toda la planicie. Era un espectáculo único que ver en silencio, en el silencio que le permitía su respirador que había dejado de chirriar, y de funcionar. Toda la superficie estaba cubierta por nubes de polvo rasante que danzaban como locas mientras la atmósfera extra trataba de abandonar el mundo. Al sur la caravana de vehículos serpenteaba lentamente entre dunas. Un vehículo se había separado y se había parado. Sus ocupantes estaban fuera tratando de repararlo, parecían pequeños alerones añadidos, acurrucados como estaban contra el rover. Al este se encontraba la colonia. El polvo estaba entrando dentro de las estancias y desde lejos parecía una nube de polvo con forma de ciudad. Como si el asentamiento nunca hubiera existido y solo hubiese la ilusión de una nube bajo la pequeña de las lunas. Era una vista hermosa. Una última vista hermosa.